

1.

Desperté aquel día con el arrullo de las palomas. Hará tres o cuatro meses, cuando vivía en el tallercito que había rentado por la 30 y Mina, a la entrada de una de esas vecindades que se pusieron de moda en los años cincuenta y que pronto se volvieron decadentes. Aunque el sitio dejaba mucho que desear, era barato, tenía buena iluminación y baño propio. Eran solo dos habitaciones, ambas con vista a la calle. En una estaba el taller y en la otra me las ingeniaba para vivir. Dormía en un sofá de terciopelo lustroso, mi ropa hecha bola en un par de cajas de detergente Foca, algunos libros y papeles sobre la cornisa de la ventana. En una mesa de cerveza Corona estaba la tele y una parrilla eléctrica donde calentaba agua para Nescafé o preparaba la cola de conejo para las imprimaturas. Tenía también un refrigerador chiquito, color crema, donde muy de vez en cuando ponía a enfriar las cervezas.

Del lado del taller había una mesa de madera, un caballete hechizo, un anaquel con materiales y una silla de rueditas que había conseguido en el Baratillo a muy buen precio. Recargados contra la pared había cuatro o cinco lienzos apenas empezados o a medias.

Tocaron la puerta. No sé si era la primera vez o si llevaban rato tocando y fue eso lo que me despertó. Era demasiado temprano para mí, yo por aquellos días acostumbraba levantarme después de las diez y en ese momento debían ser como las ocho de la mañana. Me incorporé en el sofá y vi que sobre el vidrio graneado se dibujaba la sombra de dos personas: la primera, redonda y chaparra, debía ser doña Gertrudis, la casera. La otra era de un hombre alto y cuadrado como un ropero.

Me extrañó que doña Gertrudis fuera un día antes de lo acordado para que le liquidara los cuatro meses que debía de renta, y más todavía que se hubiera hecho acompañar de quien debía ser su sobrino. Doña Gertrudis siempre encontraba la ocasión de sacar a cuento las proezas de que era capaz su «Panchito», un héroe mascatornillos que trabajaba en el Abastos y que, según ella, podía desde cargar un tanque de gas en cada hombro hasta peregrinar de rodillas a Zapopan el doce de diciembre sin hacer la más mínima mueca de dolor. Decidí no hacer ruido hasta que se fueran. Volvieron a tocar.

Me dieron ganas de ir al baño. Al levantarme escuché que introducían una llave en la cerradura. Me detuve alarmado. Afortunadamente, la noche anterior había puesto el seguro, de modo que el hombre forcejeaba con la llave sin poder abrir. Solté una risita silenciosa para sacudirme la molestia que me provocaba aquella grosería. Murmuraron algo y volvieron a tocar, tan fuerte que seguramente habrán descascarillado la pintura.

Esperé hasta estar seguro de que se hubieran ido para jalar la palanquita. Luego de mojarme la cara, sentí que la

indignación y el susto disminuían para dar paso a la angustia. Estaba llegando a la condición más paupérrima de aquella racha nefasta y no encontraba de dónde sacar ánimos para componer las cosas. Busqué en la caja de la ropa un pantalón de mezclilla que no estuviera tan sucio, aunque todos invariablemente estaban manchados de pintura, y una camisa de cuadros de manga corta. Hacía demasiado calor como para ponerse camiseta debajo.

En un rincón, del lado del taller, estaba recargado el tríptico victoriano que la señora Chang me había pedido que le restaurara. Por más que insistí en que yo ya no hacía restauraciones, pudo más su encanto burgués, la inmediatez con que sacaba su chequera y la imposibilidad de aplazar más el pago de la renta. Toqué con cuidado la superficie de las hojas abiertas a cada lado para ver si estaba seco el barniz que había aplicado por la noche. Todavía estaba tierno, pero no podía esperar más, así que cerré las hojas sobre la caja del centro.

Una de las desventajas de despertar temprano, y todo el que haya sido pobre lo sabe, es el hambre. En el refrigerador no había nada además de un limón seco en la huevera y una lata oxidada de chile chipotle. Entre los tubos de pintura encontré medio paquete de galletas saladas. Luego de asegurarme de que no hubiera dentro algún bicho lo sujeté con los dientes, tomé las llaves y cargué con el tríptico para salir a la calle.

No acababa de cerrar la puerta cuando vi que junto a mi camioneta me esperaban doña Gertrudis y el gorila que la custodiaba. Vacilé un momento, pero no tenía más alternativa que confrontarlos. Empecé por soltar el paque-

te de galletas para darles los buenos días. Doña Gertrudis se cruzó de brazos y bajó la mirada. Su sobrino se adelantó en forma agresiva:

—Estuvimos tocando buen rato, ¿por qué no abriste?

—Sí, escuché, nomás que estaba en el baño y cuando salí ya no había nadie. También oí que trataron de abrir. No sé si sepan, pero es ilegal invadir la privacidad de los inquilinos.

Por un momento el fortachón pareció ligeramente intimidado y aproveché para dirigirme a la señora.

—Dígame en qué le puedo ayudar, doña Gertrudis.

—No, pues quería ver si me va a poder pagar lo de los meses atrasados —contestó cohibida, escondiendo la cara y jalándose el suéter sobre los voluminosos pechos.

El tríptico era muy pesado y no me quedó más remedio que bajarlo y apoyarlo encima de mi pie.

—En eso quedamos, en que mañana le liquidaba el total de la deuda. No veo por qué tendría que quedarle mal. Como puede ver, yo ahorita entrego este trabajo y me pongo a mano con usted. No tiene por qué tratar de meterse a mi casa con todo y guarura.

El tipo se puso a la defensiva, esta vez con mayor violencia.

—Por si no lo sabías, yo soy el sobrino de la señora, y de ahora en adelante lo que quieras reclamarle a ella lo vas a ver conmigo, cómo ves.

—No, pues está bien. Yo mañana le pago, como quedamos, doña Gertrudis.

Intenté adelantarme para abrir la camioneta, pero se me interpuso el fortachón.

—Nada de que mañana. Tienes veinticuatro horas, ¿me oíste?

Tan claro como que había oído esa línea en un montón de películas.

—Újule, ¿no se podrá mañana? —le dije resoplando por el esfuerzo que hacía para subir el tríptico a la cabina.

—Veinticuatro horas —remarcó el otro con el dedo índice levantado frente a mi cara— o sacamos tus chivas a la calle y te vas a volar.

—Bueno, pues, veinticuatro horas. Yo sin falta le pago, doña Gertrudis, no se apure. Hasta mañana, que tenga bonito día, eh. —Sonreí al encender el motor y hasta les dije adiós con la palma de la mano.

Mientras conducía por las calles de Jardines del Country hacia la casa de la señora Chang, sentí cómo recuperaba el aplomo y la confianza.

A bordo de mi camioneta, una Chevrolet roja modelo 87, casi nueva, solo con tres años de uso, podía sentirme dueño de la situación. Que rodara el mundo; total, si me corrían podía dormir ahí o irme de vago y llegar a donde quisiera. Por lo pronto me quedaba un cuarto de tanque y con eso sería suficiente para dar las vueltas que tuviera que hacer ese día. De cualquier manera iba a tener que salirme pronto de ese departamento, rentar algo mejor, donde al menos no tuviera que convivir con gente tan ordinaria.

Llegué, toqué el timbre y me respondió en la bocina del interfón una voz conocida.

—Mari, buenos días. Aquí le traigo su encargo a la señora.

—Uy, joven, fíjese que la señora no está. Tal vez regrese en la tarde, pero no es seguro. Anda en Ajijic, arreglando unos asuntos.

—No me diga, Mari. Oiga, ¿y no sería posible que le dejara aquí el encargo y regreso en la tarde a buscarla?

—Ay, no, joven, me da mucha pena, pero ya ve que luego la señora me regaña. Mejor llámele al rato.

Maldiciendo para mis adentros subí de nuevo el tríptico a la camioneta y conduje sin rumbo por la colonia. No sabía qué hacer. En realidad no tenía a dónde ir y era una tontería gastar la poca gasolina que quedaba, de modo que me estacioné en una sombrita, junto a un parque. Alcancé el paquete de galletas y me puse a comer. Imaginaba qué estarían desayunando las personas que vivían en ese barrio: chilaquiles con pollo, sincronizadas de salami y queso Gouda, café capuchino. Me recriminaba por haber llegado hasta ese punto.

Desde que dejé el taller de Mendoza no había conseguido siquiera un poquito de estabilidad y me sentía cada vez más agotado. Al principio había sido hasta motivo de entusiasmo dejar la rutina sosa de pintar las mismas copias de los mismos cuadros trilladísimos, lo que compraba la gente: giocondas, bacos, últimas cenas. Desde que comencé a trabajar por mi cuenta, me propuse pintar obras del Renacimiento que no fueran tan populares, cuadros que a mí me parecían incluso más logrados que los que se habían vuelto tan famosos. Confiaba en que la gente apreciaría la belleza de aquellas pinturas y se abriría a nuevas perspectivas para enriquecer poco a poco el panorama de lo que ellos entendían por arte y descubrir que había cosas

mucho más interesantes y originales con que decorar su sala. A mediano plazo, con algunos ahorros y un puñado de clientes, podría comenzar a trabajar en mi propuesta de autor. El plan suponía un esfuerzo tremendo, pero parecía valer la pena. Todavía no alcanzo a comprender cómo fue que resultó ser un absoluto fracaso.

Gasté lo poco que tenía en el tiempo y los materiales que invertí para pintar aquellos lienzos que paseaba de allá para acá, de una galería a otra, de la glorieta Chapalita al Trocadero de Avenida México. Y no era que mis Tizianos y Vermeeres fueran malechuras, al contrario. Infinidad de gente se detenía para contemplarlos, me hacían preguntas, averiguaban el precio. Los galeristas me felicitaban por la proeza de proponer algo distinto en un mercado tan hermético y conservador. Hipócritas. A final de cuentas nadie parecía estar dispuesto a pagar lo que aquellos cuadros valían y me vi obligado a malbaratarlos para pagar las deudas que ya para entonces había adquirido, a repartirlos en las galerías como si se tratara de la muestra gratuita de un nuevo champú.

De manera lenta pero irreparable me fui dejando invadir por el desánimo. Pintar carecía de sentido, pero no pintar y hacer cualquier otra cosa también. No estaba seguro de cuál de las dos opciones era peor y no quería decidirlo. No quería hacer nada. Ni volver a las copias tradicionales, ni buscar otro trabajo, meterme de mesero o dar clases de dibujo en alguna escuela o taller dominical. Como copista, por muy bueno que fuera, iba a quedar siempre sepultado bajo el peso de un cadáver de quinientos años; como autor no tenía los contactos para hacer valer mi propio

nombre, ni las agallas para sobrevivir a la grilla de los buitres que imperaban en el cacicazgo provinciano y hostil de Guadalajara.

Tenía la boca seca. Bajé de la camioneta y caminé por el parque. Por suerte encontré un surtidor de agua mal cerrado. Alrededor se formaba un charco de donde bebían media docena de zanates negros que al verme se alejaron dando saltitos. Acerqué la boca al tubo para beber, luego me mojé la cara, el cuello. No quedaba más remedio que esperar a la señora Chang, así que me acosté en un pedazo de pasto seco con las manos en la nuca y me quedé profundamente dormido.

Desperté cerca del mediodía, un poco más preocupado, convencido de que no podía poner todos los huevos en una sola canasta. No podía confiarme solamente del pago de la señora Chang. ¿Qué pasaría si no regresaba esa tarde? ¿Y si me daba un cheque posfechado como solía suceder? «Perdóneme, José —me había dicho alguna vez—, pero es que mi marido ahora sí me quiere matar de hambre. Se queja de que gasto mucho, ¿usted cree...? Yo de plano le digo que deje la política y mejor se dedique a falsificar billetes.» Cómo me exasperaban esas señoras encopetadas, pero ignoro por qué acababa siempre cediendo a sus caprichos. Alguna vez llegué a pintar de azul los cristales de un candil araña, y hasta falseé el nombre que llevaba inscrito el retrato de una condesa, lo que seguramente serviría para respaldar alguna intriga de familia.

No, en el mundo de la señora Chang no cabían preocupaciones como la que ocupaba mi cabeza. Se me ocurrió que podía visitar a don Rafa Salado, un chacharero de

Avenida México a quien conocía de mucho tiempo. Alguna vez me había sacado del apuro, y me había dado oportunidad de pagarle con obra, aunque no por ello pasaba por ser un alma caritativa. Siempre encontraba la manera de salir ganando.

Su verdadero apellido era Salgado, pero en el medio de los chachareros se había ganado el mote de Salado por la mala suerte que tenía para vender. Sin importar qué tan buena fuera la mercancía que él pusiera a la venta, se quedaba años y años varada, cubierta de polvo entre las montañas de basura que retacaba en su bazar, si se le podía llamar bazar a ese local sin vitrinas, abierto a la calle por una cortina de fierro a medio alzar, donde no se paraban ni las moscas.

Al llegar reconocí el olor a polvo y sudor rancio. Todo estaba exactamente igual que la última vez. Junto a la entrada el escritorio lleno de papeles viejos, una silla de piel sintética con rasgaduras por donde asomaba el relleno de esponja y sobre la silla el viejo gato de don Rafa, un gato blanco percutido, con la oreja tarascada en forma de media luna, que al notar mi presencia levantó la cabeza y volvió a dormir. En la trastienda se escuchaban voces y escándalo de cantina.

Atravesé el archipiélago de muebles y objetos empolvados para ir a asomarme. Como suponía, estaban los de siempre, un grupo de artistas de la bohemia que se pasaban ahí las tardes jugando cartas y hablando de política mientras empinaban galones de tequila Tonayan rebajado con refresco o agua de la llave. Los conocía bien. Aunque eran mayores que yo, había convivido con ellos desde

siempre, compartíamos los mismos lugares de reunión, las fiestas, las amistades. Parecían omnipresentes en su nulidad. Yo procuraba evadirlos, me aterraba la posibilidad de acabar siendo uno de ellos, aunque últimamente estaba haciendo muchos méritos para conseguirlo.

—¿Qué pasó, mano? ¡Qué milagro! —alzó la voz don Rafa sin levantarse de su asiento ni despegar la vista de la tirada de póquer que tenía enfrente—. Siéntate, sírvete algo. Nomás deja acabar de despacharme a esta pipioliza.

Me recargué en un mueble y saludé de lejos a los demás jugadores: Juárez, el poeta, con su flor sucia en la solapa; su novia, una viuda negra que siempre quiso ser actriz y se pintaba la boca muy roja por afuera de los bordes; el músico que interpretaba trovas en los bares del centro a cambio de propinas, y el Púas, un punketo barrigón que vendía discos de acetato junto al Roxie, presumía que su más grande hazaña había sido comer una pizza familiar entera sin rebanar, enrollada como taco.

La Malinche, una hippie muy venida a menos con quien yo había salido alguna vez, me ofreció un vaso lleno de tequila con refresco de toronja. Aunque la bebida estaba casi caliente, el dulzor me refrescó la garganta y empiné el vaso en unos cuantos tragos. El tequila me cosquilleaba en el estómago vacío y sentí de inmediato cómo me desataba la trabazón de los huesos.

Cuando la partida terminó, don Rafa le cedió su lugar a la Malinche.

—Qué bueno que te veo —dijo don Rafa llevándome aparte, hacia la tienda—. Ahora sí te desapareciste, qué te pasó.

—Ando con un proyecto grande —mentí.

—¿Del museo?

—No, al museo ya no le trabajo. Es para un particular. Nomás que me hizo falta material. Quería ver si podías prestarme para comprarlo y en cuanto me paguen te lo repongo —había armado todo ese cuento en el momento, ni siquiera lo pensé.

—Mmh, yo ando igual —dijo de forma automática.

—Cuando mucho sería un mes...

—No, mano, está difícil. Apenas acabo de salir de unas deudas.

Ambos sabíamos que estábamos mintiendo. Al menos yo estaba seguro de que la bolsa canguro que Salado llevaba debajo de la panza siempre estaba llena de billetes. También sabía que ese dinero provenía de algún negocio turbio que nada tenía que ver con el bazar.

—Bueno, pues no he dicho nada —dije un poco molesto, y me dispuse a salir.

—Espérate, espérate. ¿Te acuerdas del cuadro que me dejaste la otra vez?

—¿La *Flora* de Tiziano? —pregunté al tiempo que lo buscaba con la mirada entre los montones de objetos.

—Se lo llevó un cliente hace como quince días. Estaba muy interesado en contactarte, pero no tengo tu teléfono. Por qué no hablas con él, tal vez quiera hacerte algún encargo.

—No sé si pueda —le dije por hacerme el digno—. Ahorita ando con este otro proyecto, tendría que terminarlo primero.

—Tú habla con él, y ya que te diga de qué se trata.

Antes de que pudiera inventar otro argumento, don Rafa ya tenía la bocina del teléfono en la mano y discaba el número.

—Yo luego le llamo —quise interrumpirlo.

—De una vez, ándale... ¿Sí? ¿Señor Romero?, sí, soy yo. Está aquí conmigo el pintor... Ei, el de la copia que se llevó.

Maldije por lo bajo al viejo que me alargaba la bocina.

—Qué tal, buenas tardes, José Burgos para servirle —imposté la voz con seriedad.

—Necesito que vengas. ¿Puedes venir ahorita a mi despacho? Me urge que me hagas un trabajo. Es muy importante.

—¿Ahorita? —titubeé.

—Sí, es urgentísimo. Te espero hasta las dos. El despacho queda en Américas y Joaquín Angulo, del lado derecho; hay un portón de madera. Tocas y preguntas por Horacio Romero —colgó.

No me había dado oportunidad de decir nada. Hablaba rapidísimo. Intentaba escribir los datos a la vuelta de un volante de fumigaciones, pero ninguna pluma servía y tuve que grabarme la dirección de memoria. Faltaban quince minutos para las dos. Si quería averiguar de qué se trataba, tenía que darme prisa. El lugar no estaba lejos. Me despedí rápido de don Rafa y a las dos menos tres minutos ya estaba estacionado sobre la acera de la avenida. Localicé el portón de un largo tejabán emparedado entre dos edificios modernos.

Toqué el timbre. Se asomó por la ventanita un tipo de nariz aguileña que me preguntó qué quería. Cerró la venta-

nita y me dejó pasar a la sombra de un zaguán de piso de piedra. El hombre, que presionaba con el pulgar la boca de una manguera chisporroteante, me indicó seguir hasta el fondo. El zaguán era una tripa ciega, sin puertas ni ventanas. El tejado se elevaba cada vez más alto, el aire era húmedo y sombrío. Al fondo había un jardín de papiros y enredaderas, bañado por la luz del mediodía. El suelo daba paso a un estanque lleno de peces anaranjados que uno tenía que atravesar sorteando un caminito de piedras lamosas.

—¿Señor Horacio? Buenas tardes —dije al llegar al otro lado del jardín, a la entrada de un galerón oscuro. Tenía la garganta seca por los nervios. Entré. Por encima del olor a polilla y cosa vieja lograba distinguir el de goma laca, óleo, cera de abeja.

Como la vista no se me acostumbraba todavía a la oscuridad, apenas lograba adivinar los contornos de los bultos que se alzaban a los lados, por donde iba pasando. Objetos amontonados, cubiertos con tela o plástico burbuja. Al fondo del galerón, la luz de una lámpara de pantalla verde trazaba un círculo en torno a un escritorio.

—Disculpe, ¿es usted el señor Horacio Romero? —me acerqué. El hombre hablaba por teléfono y al verme hizo una seña de que lo esperara y tomara asiento frente a él. Era un tipo refinado, aunque de carácter imperativo. Lo escuchaba hablar de la misma forma directa y violenta con que se había dirigido a mí hacía unos minutos, diciendo me urge esto, me urge aquello, «ya verás cómo te arreglas con la aduana, no importa cuánto cueste, esa mercancía tiene que entrar al país inmediatamente» y cosas así. Me daba mala espina toda esa urgencia impetuosa.

Mientras esperaba, la vista se me acostumbró a lo oscuro y pude distinguir cada vez con mayor asombro el tipo de mercancías que llenaban el lugar: desde porcelanas de quién sabe qué dinastía hasta retablos completos extraídos de alguna iglesia colonial; esculturas de talla guatemalteca estofadas en hoja de oro, policromadas; había colmillos de elefante sucios de lodo, con la carne seca todavía en el extremo del que habían sido arrancados, troncos de dos o tres metros de diámetro de maderas preciosas; libros, montones y montones de libros antiguos; piezas prehispánicas de barro, de piedra caliza; ángeles del tamaño de un hombre tallados en ébano con incrustaciones de oro; caparazones de tortuga carey; armarios, baúles y biombos de marquetería hindú, de filigrana y marfil. Un atado compacto, sujeto con cuerda de ixtle, insignificante a primera vista, acabó por convencerme de toda esa desmesura imposible de abarcar con los ojos: eran pieles de animales salvajes. Un bloque de más de dos metros de pieles de animales que alguna vez recorrieron la selva, la sabana, el desierto, ahora estaban ahí amontonados como cabezas de cerdo en una carnicería. El valor de aquellos objetos era incalculable por sí mismo. Cómo se le pone precio al tiempo y a la memoria. Imaginé por un momento que los objetos murmuraban en la penumbra y fue como si una mano erizada me tocara la nuca.

Volví a refugiar la mirada en la isla de luz que rodeaba el escritorio. Horacio colgó el teléfono y se levantó un segundo para saludarme.

—Eres el pintor, ¿verdad? Qué bueno que llegas, no sabes el gusto que me da conocerte. Es raro en estos tiempos encontrar buenos copistas.

Yo también me puse de pie y estreché su mano, blanca y muy blanda, como de niña. Volvimos a sentarnos.

—Necesito que me falsifiques un cuadro.

Lo dijo así, con todo el descaro. De inmediato una voz de alarma surgió en mi memoria y me puse aprensivo, aunque no quise actuar en forma descortés, así que seguí escuchando.

—Es un negocio muy bueno. De salir bien te pagaría mucho más de lo que corresponde. El problema es que se trata de una tabla del siglo XVI. Está difícil que alguien se anime. Es demasiada pieza.

—¿Una tabla del siglo XVI? ¿De quién? —pregunté cada vez más intrigado.

—Es una reliquia familiar, el valor museográfico no me interesa tanto, pero por lo que sé se atribuye a Mabuse. ¿Alguna vez has trabajado con obra de esa antigüedad?

Negué moviendo apenas la cabeza, perplejo.

—Y la copia... la falsificación, ¿qué finalidad tendría?

—Naturalmente, pasar por el original —sonrió cínico.

—Claro, pero ¿para quién?

—Para los herederos.

Escupí una bocanada de aire, como si estuviera jugando una difícil partida, y me rasqué la cabeza.

—No, pues sí está difícil. Creo que yo no voy a poder ayudarte, Horacio.

—Cómo, ¿te parece imposible falsificar una tabla de Mabuse?

—No, si de que se puede, se puede. Lo que pasa es que a mí no me gusta meterme en esa clase de líos, y por lo que me cuentas está complicado —recargué la espalda en

la silla y observé su gesto iracundo como de dragón chino—. Mira, la verdad es que hace tiempo me metí en un problema muy fuerte, y a partir de entonces me prometí no volver a falsificar obra. De hecho ya no quiero hacer copias ni nada de eso. Estoy trabajando en mis propios cuadros.

Su gesto se suavizó. Apoyó los codos en el escritorio y me dijo con tono persuasivo:

—Claro, te entiendo. Sé de lo que me hablas. De hecho por eso te buscaba a ti. Supe lo que pasó con el diputado aquel. Mis respetos, eh: no cualquiera llega hasta la subasta de Sotheby's.

—Entonces sabes a qué me refiero.

—Claro, ya lo decía Picasso, los verdaderos genios no copian, roban.

—Sí, lo malo es que luego lo meten a uno a la cárcel.

—Bueno, bueno, está bien. La verdad es que con el talento que tú tienes debe ser difícil no verse tentado a hacer falsificaciones. No cualquiera puede demostrar que se encuentra a la altura de los grandes maestros...

Por taimadas que fueran las adulaciones de Horacio, no podía evitar sentirme complacido. Eran gotas de lluvia en el suelo seco, luego de aquellos meses áridos en que todo parecía ponerse en mi contra. Agradecí la deferencia, aunque no sabía si el hecho de que me buscara por esos antecedentes fuera algo bueno. De cualquier manera decliné su oferta. Le pasé el teléfono de Felipe, un amigo con quien trabajara en el taller de Mendoza. Él seguramente aceptaría. Me levanté para salir y le estreché de nuevo la mano.

—Piénsalo —dijo insistente—, me quedaría mucho más tranquilo si te encargaras tú del trabajo. De todos modos ahí luego me enseñas tus cuadros. Yo no suelo comprar obra de autor, pero podría contactarte con un par de clientes.

De nuevo le di las gracias y me dirigí a la salida donde la luz del sol formaba una escuadra de brillantes partículas de polvo en suspensión. Hacía casi dos años de aquel incidente al que Horacio se había referido. En el taller de Mendoza, solíamos hacer restauraciones y copias de resguardo para los museos del Ayuntamiento. Eran de sobra conocidas las mañas que Mendoza se daba para ponerse del lado de los políticos en el poder y ganar el favor de la gente que asignaba las licitaciones. Sin embargo, aquella ocasión había llegado demasiado lejos. Un diputado le había pedido que falsificáramos un cuadro de Villalpando para poder llevarse el original a su casa. Felipe y yo, los favoritos del maestro, seríamos los encargados tanto de la realización de la réplica como de suplantar una pieza por la otra.

Mendoza nos había invitado a la cantina, solo a nosotros dos, «yo sé que puedo confiar en ustedes, muchachos». Puso buenos tragos sobre la mesa y nos explicó de qué se trataba. Asentimos con gesto adusto y cara de circunstancia, tomándonos muy en serio el compromiso con el patrón. No era la primera vez que falsificábamos obra, aunque nunca nos habíamos visto ante un franco robo. Mendoza sabía cómo darnos por nuestro lado y hacernos sentir importantes. Decía cosas como «si esto sale bien, en el futuro podríamos hacer mucha lana como socios», o

«yo confío en ustedes, sé que está por demás pedirles absoluta discreción, incluso con la gente del taller». Luego aprovechó cuando Felipe se levantó al baño para decirme cuánto me iba a pagar y que, como era en quien más confiaba de los dos, sería yo quien me encargara de todo el papeleo. Estuvimos buen rato afinando detalles de la maniobra. Como empleados de mantenimiento tendríamos manga ancha para hacer y deshacer en el museo. Mendoza se levantó de la mesa y dijo que debía volver temprano a su casa, pagó la cuenta y dejó váucher abierto: «Celebren ustedes por mí, tómense lo que les pegue la gana, al fin que están solteros, aprovechen, uno que ya está amarrado como burro no tiene pa dónde hacerse».

Ya entrados en tragos, se me salió decir que con ese dinero por fin terminaría de pagar mi camioneta. Felipe se puso pálido y muy serio, con la vista clavada en el vaso. Era mi amigo y sabía exactamente cuánto me faltaba para pagar la camioneta. Mendoza le había ofrecido menos de la mitad. En lugar de enemistarnos, nos pusimos a especular cuánto ganaría Mendoza a costa de nosotros.

Se nos ocurrió entonces jugarles su plan a la inversa. Haríamos la falsificación y toda la farsa del reemplazo, pero le entregaríamos al diputado la falsificación en lugar del original. Sabíamos cuáles eran los detalles que debíamos cuidar para que al final ni el mismo Mendoza supiera dónde quedó la bolita. Esa noche salimos abrazados de la cantina, jurándonos hermandad eterna y sintiéndonos los justicieros del arte virreinal.

Llevamos a cabo todo nuestro plan, entregamos el cuadro falso al diputado y hasta nos dimos el lujo de instalar-

lo en su casa nosotros mismos. Mendoza tuvo que haber visto el cuadro en casa del diputado, en alguna cena de politiquillos, sin darse por enterado de que era el falso. El original, mientras tanto, seguía en su lugar, en el museo.

Meses después nos detuvieron a Felipe y a mí y nos hicieron declarar que habíamos falsificado el cuadro. El diputado en cuestión había sido tan idiota que pensó que podía subastar una pieza de Cristóbal de Villalpando así, como si nada. Los valuadores de Sotheby's descubrieron que se trataba de una falsificación y se hizo un gran escándalo del que acabé siendo chivo expiatorio por haber firmado el papeleo. Mendoza pagó la fianza a cambio de que me quedara callado y de que me mantuviera al margen de cualquier cosa que tuviera que ver con él. De Felipe no volví a saber nada.

Había procurado olvidarme de esa historia, pero ahora que Horacio la traía a cuento regresaba con todos sus detalles. Tenía que reconocer que el conflicto aquel me había lastimado profundamente y que desde entonces no hallaba la manera de recuperar el ánimo. Ya no estaba yo para esos bretes. Me buscaría un trabajo de lo que fuera y me olvidaría de la pintura de una vez por todas. No estaba dispuesto a pasar otra vez por una situación así.

En la calle, el sol de las dos de la tarde me dio de lleno en la cara. Parpadeé un par de veces antes de descubrir que la acera estaba vacía. Mi camioneta había desaparecido. Se me retorcieron las tripas cuando vi en el semáforo, del otro lado de la avenida, la grúa que la remolcaba. Intenté correr, alcanzar a la grúa para rogar al conductor que no se la llevara. Hubiera sido capaz de colgarme del vehículo en mo-

vimiento, que se detuviera a como diera lugar para después hincarme y pedir clemencia: «Es lo único que tengo, por favor no se la lleve, tome lo que quiera, hago por usted cualquier cosa con tal de que no se la lleve». O que al menos me permitiera bajar el tríptico de la señora Chang para tener con qué pagar la multa. Pero el semáforo se puso en verde antes de que yo pudiera llegar a la esquina y cruzar. De cualquier modo no hubiera tenido nada que ofrecer al conductor, ni siquiera una módica mordida. Agité los brazos desesperado, impotente viendo cómo se alejaba mi única pertenencia, y luego me quedé plantado ahí, dejándome chamuscar por el sol sin saber qué hacer. Al final hice girar mis talones para volver vencido al portón de madera. Timbré varias veces. Me pareció eterno el rato que pasé ahí, bajo la resolana, esperando a que me abrieran.

—Me dejaste con la inquietud. ¿Podría ver el cuadro? —dije, de nuevo frente al escritorio de Horacio, tratando de ocultar al máximo la cara de preocupación que seguramente tendría—. No todos los días se encuentra uno en México con una tabla del siglo XVI, y yo...

—Claro, hombre, ¡faltaba más! —Esbozaba una sonrisa maliciosa.

—Verlo, solamente. Sin comprometerme a nada.

—La verdad es que me serviría mucho saber tu opinión —dijo ya en serio—. En eso de la conservación me declaro un perfecto ignorante y quiero que me aconsejes. —Miró su reloj y se levantó de la silla—. ¿Tienes hambre? Mi restaurante está aquí enseguida. Es uno de los mejores de la ciudad. Vamos, te van a encantar las escalopas a la termidor.

Yo nunca había entrado a comer a un lugar tan lujoso. Me sentía halagado por la invitación, al mismo tiempo que me daba vergüenza la ropa de trabajo a media mugre que llevaba puesta. El capitán de meseros nos recibió y nos condujo hasta la que debía ser la mesa favorita de Horacio. Tanto el capitán como el mesero que se acercó para atendernos se esforzaban para no fruncir las narices ante mi aspecto; con toda seguridad se estarían preguntando qué demonios hacía el dueño del restaurante con un pelagatos como yo.

Horacio le pidió al mesero varios platos de nombres raros o en francés, sin necesidad de ver la carta.

—Pones todo al centro, y me traes un agua mineral con mi Cosmo antes que nada.

—¿El caballero qué va a tomar? —dijo el mesero dirigiéndose a mí, pero con la vista clavada en su libreta.

—¿Qué cerveza tiene?

—¿Clara u oscura?

—Tráigame una Estrellita, por favor —me sentía cada vez más humillado y ridículo. En lugar de pedir vino, tequila o ya de perdida una cerveza oscura, había elegido lo más ordinario por miedo a no encajar en el protocolo. A Horacio no pareció importarle. Ahora podía verlo con más claridad, su porte amanerado y elegante, melena engominada, pantalones de gabardina blanca, mocasines.

—Cuéntame, quiero saber todo acerca de tu trayectoria profesional —me dijo—. ¿Dónde naciste? Porque no eres de Guadalajara, ¿verdad?

Empecé por contar, entre titubeos, que había nacido en Quiroga, Michoacán, que pertenecía a una familia de

artesanos y que desde muy chico me había tomado a su cargo un restaurador amigo de mi abuelo que trabajaba para el Museo del Virreinato.

—¡Mario! —llamó Horacio al mesero—, tráele un tequila de mi cava al señor. Y otro Cosmo para mí.

Luego de las bebidas llegaron las fuentes de comida y me dejé invadir por los olores succulentos del aceite de oliva, la carne, la albahaca y la cebolla. El mesero distribuyó en nuestros respectivos platos raciones pequeñas y comenzamos a comer. Era lo más delicioso que había probado en mi vida. El sabor de las hierbas, la mantequilla, la textura de la carne blanda en el paladar.

—No me digas que estudiaste Artes Plásticas aquí —dijo Horacio—. A leguas se ve la técnica que tú tienes, y eso solo se aprende en el extranjero.

—Pues fue sobre todo por mi maestro, él hacía también réplicas para museos y para coleccionistas, lo buscaban mucho. Tal vez habrás escuchado hablar de él, se llamaba Lorenzo Cruz.

—Lorenzo... Lorenzo Cruz. No, no me suena.

—Cuando él falleció, el INAH puso a gente de la escuela de conservación a cargo del museo y yo me vine a Guadalajara.

—Uy, los restauradores del INAH son un verdadero desastre. Y entonces fue que comenzaste a estudiar. ¿Estuviste en Florencia, en Milán?

—Eh... sí, unos meses —mentí—, pero la verdad sentía que estaba perdiendo el tiempo con eso de la teoría. Yo sé que es muy necesario, pero ya ves, había aprendido algo con la práctica y necesitaba trabajar.

—Dime una cosa, José —dijo un trago a su bebida y se acercó a mí, como si fuera a contar un secreto—. ¿Tú sabes poner la manzana en la mejilla?

Me sentí de pronto abochornado. No sabía si era una insinuación, una broma o si estaba hablando en serio de algo que yo ignoraba. Horacio se dio cuenta de mi turbación.

—¡La técnica del *verdaccio*, hombre! —dijo soltando una risotada—. Que si sabes esfumar rubores con el *verdaccio crecento* y el *amarilento cenizento azuroso*.

—Ah, sí, claro —respondí abrumado—. Varias veces vi a mi maestro trabajar con esa técnica, conozco el procedimiento, aunque hace mucho que no la aplico.

—No te preocupes, prácticamente ya ningún copista la usa. Me basta con que la conozcas. Solo a partir de un buen *verdaccio* se le puede poner la manzana en la mejilla a *La Morisca*.

Pensé que Horacio estaba dando por sentado que yo aceptaría el encargo. No estaba seguro de que fuera un verdadero alivio, aunque a decir verdad no me quedaba más alternativa. Todo sería cuestión de negociar el anticipo.

—Está por llegar al país un copista excelente, el mejor —dijo de pronto—. Aprendió con los maestros de Florencia, un verdadero genio, desde niño ya copiaba obras de Leonardo y de Almedina con tal perfección que le llaman *Il Miracolo Torino*. Seguro te encantaría conocerlo. Espero que acepte copiar mi *Morisca*. Para él será de lo más fácil, el problema es que cobra demasiado... demasiado. En fin, si no llegáramos a un arreglo, me pondría en contacto con tu amigo... ¿Cómo dices que se llama?

—Felipe —solté en un hilo de voz. De nuevo la barriga me había dado un vuelco. No sabía qué tan cierto era lo del pintor aquel o si Horacio lo decía para picarme la cresta. Lo cierto era que de perder esa oportunidad iba a quedarme literalmente en la calle.

El mesero se acercó por los platos vacíos y preguntó si tomaríamos café. Yo no acostumbraba tomar café a esa hora, pero se estaba apoderando de mí la pesadez de los varios tequilas que llevaba ya, desde la Paloma rancia que me había tomado en el bazar de don Rafa. Pedí un café americano bien cargado, y Horacio pidió un expreso y una tarta de manzana con helado de vainilla para compartir.

—¿Y bien...? ¿Qué fue exactamente lo que pasó?

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Con lo del Villalpando. Quiero que me lo cuentes todo, cada detalle.

Las campanadas de un reloj de pared me pusieron al tanto de la hora. Eran las tres y media. Si quería conseguir el dinero de la renta, tenía que irme de ahí en ese momento y comenzar a pensar en algo. O podía arriesgarme con la falsificación de Horacio, si es que se decidía contratarme a mí en lugar del Miracolo Torino.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Te molesta la pregunta?

—No, no, perdona. Me acordé de que tengo que resolver un asunto.

—Pero un asunto de qué, si estamos platicando tan a gusto.

—Olvidé que tenía que pasar al banco. Necesito hacer una transacción para liquidar un pago. —«La única tran-

sacción que podría hacer ahorita en un banco sería un asalto a mano armada», pensó.

—¿Y por tan poca cosa te vas a levantar a media comida? No seas maleducado, hombre. ¿Qué no querías ver el cuadro? A ver... ¡Mario! Tráeme una libreta y un lápiz. Espero que no sea una fortuna lo que tienes que pagar, porque si es así, vas a tener que ser mi esclavo de por vida. Toma... —me entregó el papel y la pluma—. Anota ahí los datos de la persona a quien le tienes que liquidar, su cuenta o su dirección o lo que sea, la cantidad exacta y ahorita mandamos a mi secretario. Ya después hacemos cuentas tú y yo.

—No, Horacio, ¡cómo crees! No puedo aceptar que...

—Tómalo como un favor de amigos.

—Pero si apenas nos conocemos, Horacio, de veras que no podría abusar así de tu confianza.

—¡Escribe! ¡Ya! Me voy a molestar mucho contigo. Y no sabes de lo que soy capaz, no soporto esas groserías.

Lo dijo de un modo tan autoritario y amenazador que no me quedó más remedio que escribir en la libreta los datos de doña Gertrudis y la cantidad de los meses que le debía, más un pequeño excedente, por aquello del retraso.

—Luego nos ponemos a mano, no te preocupes. —Horacio tomó la hoja con los datos, le dio un ligero vistazo y se la entregó al mesero—. Ya me pagarás cuando tengas tiempo de ir al banco o con obra, me da igual. Capaz que hasta te animas a pintar la copia de *La Morisca* y te lo tomo a cuenta del adelanto.

Le sonreí y le di las gracias tratando de no mostrarme demasiado servil.

—A ver, ahora sí, cuéntame qué fue lo que pasó con el Villalpando. El que está ahorita en el museo ¿es el original o el falso?

—Es el falso —respondí, y me puse a contarle toda la historia, con lujo de detalle.

Acabamos con el café y la tarta. El mesero llevó unas copitas de licor de naranja que empinamos de un solo trago. Horacio se disculpó para ir al mostrador y recibir una llamada que parecía importante. Me quedé solo en la mesa mientras el tal Mario limpiaba los últimos vestigios del banquete. Imaginé a doña Gertrudis cuando recibiera el pago de todo lo que le debía, seguramente en cheque y de manos de un mensajero. La cara que pondría y lo que le diría a su sobrino Panchito.

Me levanté para ir al sanitario, me mojé la cara para tratar de espabilarme. Empezaba a sentirme borracho. Me miré en el espejo: el cabello y el cuello de la camisa húmedos, los ojos hinchados. Me di cuenta de que me estaba dejando llevar por la corriente de la casualidad como una hoja seca.

Horacio me esperaba junto a la puerta. Nos dirigimos a su auto, un Alfa Romeo color azul marino estacionado afuera del restaurante. El interior estaba ardiendo.

—Fácil se hubiera podido hornear un bollo aquí dentro —dijo Horacio al tiempo que movía los controles del tablero, y yo me imaginé el bollo hinchándose, metido en el portavasos. La temperatura bajó en cuanto nos pusimos en marcha. Tenía mucho sueño y fui cabeceando todo el camino, a pesar de que Horacio manejaba a exceso de velocidad, dando frenones, arrancones, pasándose todos los semáforos

que podía, rebasando de forma ofensiva a los otros autos, incluidas dos o tres patrullas que no se molestaron en detenernos. Luego vería que llevaba placas diplomáticas.

Cuando llegamos a las cunetas de Avenida Acueducto, Horacio metió el acelerador a fondo. El estómago se me quería salir por la garganta en cada hondonada y eso por fin me hizo despertar. Luego nos internamos a menor velocidad entre los callejones sombreados de colinas de San Javier. Las casas eran enormes. Por cada manzana habría cuando mucho dos o tres propiedades. Todo estaba lleno de árboles y vegetación; muros altos y larguísimos, blanqueados o cubiertos por enredaderas recortadas a molde; aceras musgosas rociadas de flores de jacaranda, tabachín o buganvilla.

Horacio se detuvo frente a una de las fachadas y subió la rampa del garaje. Al lado había una entrada para peatones, custodiada por dos leones chatos de piedra oscura. Un alerón de tejas en lo alto le daba a la construcción un aire como de hacienda colonial. Horacio activó el mecanismo a distancia para que se levantara el portón. Las llantas crujieron sobre la tierra de jal y me encandiló la vista del terreno asoleado, pelón. Ahí no había nada. No era más que un baldío sembrado de moscas. Sentí un poco de miedo. Horacio explicó que la casa se hallaba del otro lado, así que dejamos el auto estacionado junto a una camioneta vieja, arrumbada detrás de un montículo de arena, y cruzamos el baldío entre abrojos y cardos espinudos de flores amarillo pálido.

Al fondo de aquel solar seco, sobre el muro de colindancia, había una puerta común y corriente, pintada de azul. El

vidrio junto a la chapa estaba roto. Horacio introdujo la mano por el hueco y abrió, como si nos estuviéramos metiendo a robar. Se hizo a un lado para darme el paso y de pronto me sentí devorado por un frescor vegetal que rezumaba olor a tierra. Recorrí con la vista el panorama del jardín que se extendía pendiente abajo. Entre la abigarrada vegetación destacaban los desniveles de la casa, blanca, recortada como un signo contra el cielo de la tarde.

—Tienes una casa muy hermosa —exclamé asombrado—, y el jardín... Cuánta exuberancia, es como tener tu propia selva.

—Me alegra que te guste. El ingeniero Luis Barragán la diseñó para mi padre. Es una especie de fortaleza hecha para resguardar sus reliquias. En especial a *ella*.

Reparé en lo alto de los muros que rodeaban la casa, disimulados apenas por las tupidas frondas de los árboles.

—Esto de aquí es la bóveda —decía Horacio apoyándose en una pared que crecía conforme bajábamos la pendiente del jardín por una escalera—. Te vas a ir de espaldas cuando veas la cantidad de tesoros que hay guardados aquí, algunos incluso de mayor antigüedad que *La Morisca*.

A la derecha, una fina alfombrilla de pasto marcaba claramente el declive de la montaña. Más allá, detrás de la silueta de la casa se alcanzaba a ver el paisaje de las afueras de la ciudad, el llano apenas habitado, tierras de cultivo y cerros opacos que amarilleaban con el atardecer. Llegamos al pie de las escaleras.

—Entonces tu padre también se dedica a las antigüedades —dije solo por seguir la conversación.

—Oh, mucho más que eso. Los verdaderos coleccionistas se apasionan tanto que les da por vivir la vida de los objetos que poseen.

—¿Cómo fue que adquirieron *La Morisca*? Debe haber costado una fortuna.

Horacio se quedó en silencio mientras desactivaba el sistema de seguridad de la bóveda. Abrió la puerta de cristal y me indicó que pasara. Era una nave muy alta, techada con vigas de madera. La dividía por la mitad un grueso tapanco de roble que llegaba hasta unos metros antes de la entrada para dejar un espacio libre de doble altura, iluminado por un ventanal de piso a techo que hacía ele con la puerta de vidrio. Daba la sensación de estar dentro de un barco.

—No se trata de dinero, José. Tal vez no lo entiendes. El dinero envilece el arte. Nada de lo que hay aquí fue comprado en un bazarucho de antigüedades. Y ni una sola de las piezas de esta colección podría ponerse en venta.

Levanté la mirada. Tanto el tapanco como la parte de abajo estaban hacinados hasta el tope de piezas que tendrían que estar en algún museo y no encaramadas ahí, unas sobre otras.

—Claro, entiendo —me defendí—. Me refería a lo poco ordinario que resulta, incluso para un coleccionista, tener objetos de tanto valor aquí, lejos de su lugar de origen, en otro continente, en una ciudad como esta, un sitio donde nadie sospecharía que se encuentran.

Era difícil prestar atención a un solo objeto de entre aquel amasijo de madera vieja y oro. Como tratar de localizar a alguien en medio de una multitud. Pude distinguir

una espada samurái, un sextante, una escultura de Krishna cubierta de marfil, tres momias de gato, una vitrina repleta de brújulas, relojes de arena, artefactos antiquísimos de astronomía... Me sentí mareado.

Había dos sillones junto al ventanal y fui a sentarme ahí mientras Horacio llenaba dos copas de un licor oscuro que había sacado de un secreter adaptado como cantina.

—Mi padre no era un simple coleccionista —dijo Horacio entregándome una de las copas—. Quiero decir que no solo era un magnífico traficante de arte, sino que además se involucraba en el significado de cada reliquia. Iba en busca de su historia, del porqué de su valor. Y a eso había que añadir el larguísimo trayecto que recorría el objeto hasta sus manos, las circunstancias en que se había apropiado de él, o mejor, la forma en que el objeto había decidido pertenecerle. *La Morisca*, por ejemplo. ¿Has oído hablar del barón de Sebottendorf?

Negué en silencio.

—Era el propietario de la pintura. Un famoso ocultista, muy amigo de Madame Blavatsky. Buscaban algo así como la entrada a un mundo subterráneo donde habitaba una civilización antigua que había dado origen a la nuestra. Creó una sociedad esotérica que luego Hitler retorció para fundar el Partido Nacional Socialista. Mi padre conoció al barón cuando vino a México como Cónsul Honorario de Turquía. Fue en una reunión de masones a la que lo llevó el abuelo. Él tendría apenas unos dieciséis años, pero su ímpetu por el conocimiento llamó la atención del barón y le ganó su simpatía. Tengo entendido que se escribieron varias cartas. Unos diez años después volvieron a encon-

trarse en Estambul. Para entonces mi padre ya tenía bastante experiencia en el mundo de las antigüedades. Lo llamaban el Sabueso Dorado. Ayudó al barón a conseguir un sinfín de manuscritos antiguos, rollos, libros raros, y el barón le compartía hallazgos y conocimientos que a nadie más revelaba, de modo que papá acabó convirtiéndose en su mejor discípulo. Hacia finales de la guerra, el barón decidió quitarse la vida. Daba información a los ingleses, engañaba a los alemanes, era perseguido por el Reich y en algún momento se vio acorralado entre los bandos. Sabía que sus conocimientos y pertenencias estaban en riesgo de caer en las manos equivocadas, así que antes de saltar a las aguas del Bósforo hizo prometer a mi padre que pondría bajo resguardo sus bienes más preciados: el cuadro de *La Morisca*, los manuscritos y las notas que había reunido durante toda su vida. Papá, fiel a su promesa, embarcó las pertenencias del barón en un carguero de la compañía Blohm & Voss con destino al Puerto de Veracruz, junto con la mercancía que le daría su prestigio como anticuario y que le llenaría los bolsillos durante décadas. Luego dejó todo para convertirse en derviche.

Arrastró las últimas palabras entre los dientes. Las había dicho más para sí mismo. Bebió de un solo trago el contenido de su copa y se quedó en silencio, con la mirada perdida detrás de mi hombro.

—¡Mira, ven! Voy a enseñarte algo.

De pronto se puso de pie y salió al jardín. Lo seguí y nos adentramos entre la maleza. Debajo de las escaleras, sobre la roca del cerro, había un nicho de metro y medio de alto, blanqueado con cal, como las capillitas que se

construyen al costado de la carretera. Estaba lleno de veladoras, estampitas de santos y flores artificiales cubiertas de polvo. Al principio pensé que se trataba de una urna funeraria, pero no. Era la boca de una gruta.

—Un día, a mi padre le dio por meterse en ese agujero y nunca más lo volví a ver —dijo, y tomó una llave que estaba debajo de una piedra de molino.

—¿O sea que él está...?

—¿Vivo? Claro que no, eso fue hace mucho.

Se puso en cuclillas para abrir la reja. Sacó una de las veladoras que se había apagado, le arregló la mecha y sopló dentro del vaso para sacudirle la hojarasca. La encendió y volvió a ponerla en su sitio. Abría y cerraba con mucho cuidado, apenas para que alcanzara a pasar su mano, como si dentro hubiera un pájaro esperando el momento de escaparse.

—¿Sabes qué? Se me antojó un *absynthe*. ¡Vamos! —dijo Horacio poniéndose de pie de un salto para regresar a la bóveda—. Siempre que me acuerdo de papá me da por beber *absynthe*, a él le encantaba. Era un hombre muy sofisticado. Daba gusto verlo preparar su copa. Yo todavía era niño y me quedaba a un lado de la mesa, como lelo, viendo el hada verde danzar dentro del vaso. ¡Y el aroma! Qué delicia.

Volví a sentarme en el mismo sillón y lo vi sacar del secreter cantina varios implementos que iba poniendo sobre la mesita de centro: una botella de cristal con un pequeño grifo de bronce, dos vasos llenos hasta la mitad de un licor espeso color hoja seca, una cuchara con agujeros puesta encima de cada vaso y, sobre la cuchara, tres terrones de azúcar. Yo no podía adivinar de qué trataba toda

aquella parafernalia. Cada cosa que Horacio hacía o decía me iba pareciendo más extravagante que la anterior y comenzaba a acostumbrarme a ello. Abrió el grifo para que el agua goteara sobre los terrones de azúcar y se disolvieran en la bebida.

—Observa —dijo embelesado—. El hada verde... es una mujer con alas, de cabello largo, que danza como las bailarinas de las cajitas de música, ¿la ves?

—Ah... sí, creo que sí —en realidad solo veía los hilos de alcohol que formaban espirales blanquecinas al mezclarse con el agua. Bebió un trago largo, en silencio, lo vi torcer un poco la boca y supuse que sería un licor amargo.

—Debo confesar que yo soy muy distinto a papá —dijo luego—. Él era un sabio, capaz de renunciar a todo por el conocimiento. Yo solo soy un simple mercader, un traficante sin el menor escrúpulo para ponerle precio a las cosas. Esto que ves aquí —indicó el cúmulo de objetos encimados— es algo que yo jamás alcanzaré a comprender del todo, no podría. No tengo la habilidad para una búsqueda tan profunda. No, lo que yo quiero es mucho más simple.

No sabía qué decir. Parecía honesto, me estaba compartiendo cosas muy personales y yo no tenía con qué corresponderle, mi vida no tenía esa clase de conflictos. Me dispuse a empujar mi vaso para ser solidario al menos en eso. La amargura de los primeros tragos me cerró la garganta como un alambre afilado alrededor del cuello, que poco a poco fue cediendo hasta expandirse sobre mi pecho con un peso suave y perfumado.

De pronto me llegó a la cabeza un recuerdo que hacía muchísimo tiempo no evocaba: tendría cuatro o cinco

años, mi hermano y yo jugábamos en el tocador de la recámara de mi mamá y se nos ocurrió preparar un brebaje revolviendo perfume con talco y cremas. Vertimos luego el brebaje en una copa que Manuel se robó del trinchador. El olor era parecido al de la bebida que tenía ahora bajo las narices. Discutíamos mi hermano y yo sobre quién se atrevería a dar el primer trago cuando escuchamos que mi mamá se acercaba y corrimos a escondernos. La casa de enseguida estaba abandonada, así que salté la barda para esconderme allá. Mi hermano solo alcanzó a meterse en el ropero. Escuché a lo lejos los regaños de mi mamá, los chillidos de Manuel cuando le pegaban. Tenía mucho miedo. Me fui hasta el último cuarto de la casa abandonada. Dentro de un clóset había un baúl, estaba vacío. Nunca me encontrarían ahí. Me metí en el baúl y al bajar la tapa cayó la aldaba sobre la cerradura. Intenté abrir. Empujé con la espalda todo lo que pude, pero era inútil, solo se abría una pequeña rendija por la que apenas alcancé a respirar el tiempo que estuve ahí. Gritaba, pero mi propia voz rebotaba en las paredes y me aturdía. Esperé muchas horas, dormido a ratos, agitado por la desesperación, por el dolor de los músculos que se me acalabraban, por el hambre. Creí que nadie jamás iba a encontrarme, que iba a quedarme ahí para siempre, muerto, hecho calavera...

—¿Lo ves? —irrumpió Horacio—. Magia líquida. Dame tu vaso, voy a prepararte otro.

Con la primera copa yo ya estaba empalagado y cada vez más borracho. Suspiré para reunir fuerzas. No podía rehusarme.

—Lamento lo de tu papá —le dije a Horacio—. Se ve que lo querías mucho. Supongo que fue muy difícil sobre llevar la pérdida.

—Ay, no, para nada. Él trató de hacerme entender el motivo por el que se había vuelto derviche, por qué necesitaba alejarse del mundo. Pasaba largas temporadas dentro de la gruta y con el tiempo acabé por acostumbrarme. En una ocasión simplemente no volvió a salir. Yo entonces todavía era muy chico. No comprendía. Me figuraba su esqueleto con una serpiente saliéndole por la cuenca de un ojo. Algunas veces me daba por pensar que todavía estaba vivo. Tenía pesadillas y despertaba llorando en la oscuridad. Me preguntaba si estaría tieso en flor de loto o recostado sobre el suelo de la cueva, tiritando de frío o rascando las paredes con las uñas. La idea se fue disipando conforme crecí, hasta que pude olvidarme del asunto. Luego viajé durante muchos años y al volver ya no quedaba casi nada de aquella sensación. A lo mucho sería como cuando se mete un ratón y sabe uno que anda por ahí pero no puede verlo.

Yo me había quedado con el recuerdo del baúl. Me dio un escalofrío horrible de imaginarme ahí dentro, como hace veintitantos años, desesperado, rascando las paredes. Me miré discretamente las uñas. Desde entonces habían quedado deformes.

—Pero alégrate, hombre, quita esa cara. ¿Quieres escuchar algo de música?

Abrió un armario en el que se hallaba un aparato modular y un montón de cajitas planas, transparentes, apiladas en desorden. Yo nunca había visto un artefacto tan

sofisticado, dudo que lo vendieran en el país, tenía que ser americano. Horacio puso en la charola del modular tres o cuatro disquitos plateados. El tañido suave de una guitarra de inmediato aligeró la atmósfera y me hizo sentir tranquilo. El cielo estaba azul cobalto. Me concentré en la música, en la serenidad de la casa, en la sonrisa de una mujer muy hermosa, de alas traslúcidas, que me miraba desde el fondo del vaso.